

PUEDO VERLO

POR JORGE CAMARASA. ILUSTRACIÓN DE LUCAS AGUIRRE. Cuenta la historia extraoficial que un superdotado vidente habitó Barrio General Paz durante casi medio siglo, poniendo su don al servicio de enfermos a los que sólo ayudaba a identificar su afección cuando ni los médicos podían hacerlo. Se llamaba Enrique Marchesini y los detalles de esa historia se materializan en estas páginas.

Si hay hombres que son un misterio en sí mismos, para los que no hay explicación aparente, ante los que la ciencia se frustra y la idea de normalidad naufraga, Enrique Marchesini fue uno de ellos.

Todavía se sabe poco de él cuando se han cumplido veinticuatro años de su muerte y de la imposibilidad de resolver su enigma. ¿Fue un vidente, un psíquico, un curandero, un santón?

A este cordobés de Cosquín, nacido en 1906 y muerto en 1975, los encasillamientos le quedan chicos; y lo único cierto sobre él es lo que parece increíble.

De todas formas, y más allá de las incredulidades, lo bueno de su historia es que plantea preguntas, y que en ese mundillo cada vez más frecuentado de parapsicólogos, excéntricos, contactistas, esotéricos y ocultistas, Enrique Marchesini supo hacerse un lugar.

Su historia es esta historia.

PRIMERAS MANIFESTACIONES

Como él mismo, la casa donde Enrique vivió en Córdoba, ubicada en la esquina de 24 de

Septiembre y Jacinto Ríos, ya no existe. Los Marchesini habían llegado allí desde Cosquín con sus seis hijos a cuestas cuando nuestro personaje era chico. Sobre su primera infancia, los datos escasean. Algunos retratos biográficos lo describen como sano y alegre, sin problemas físicos ni anomalías psíquicas, y anotan que el primer incidente que prefiguraría su vida ocurrió a la edad de doce años.

Enrique estaba de paseo por Italia con su padre, visitando una iglesia, cuando tuvo la sensación de que ya había estado allí, y señaló un mueble diciendo que detrás de él se encontraba la entrada a un pasadizo secreto. Y era cierto. Ya en viaje de regreso, en medio de la travesía en barco, tuvo otra premonición: le dijo a su padre que su abuela acababa de morir, y la noticia se confirmó al llegar a Córdoba.

Fuera de eso, poco más: Marchesini adivinaba de vez en cuando las notas de sus compañeros de colegio, hallaba cosas que todos daban por perdidas. Sus visiones no pasaban de ser travesuras. Trabajaba de a ratos en el taller familiar donde se fabricaban tinturas, y a los padres les costó hacer que terminara la escuela. Había sido bautizado pero no iba a misa, se desentendía del ahorro y no leía.

Después llegaría el accidente que sería la bisagra de su vida.

Dicen que fue desde que se recuperó de un accidente que la clarividencia se hizo evidente en Enrique, y que empezó a manejar sus poderes a voluntad.



Sucedió en 1929, cuando Enrique aún no había cumplido veintitrés años. Fue una tarde de verano, cuando iba a Alta Gracia con dos de sus hermanos. El auto que los llevaba chocó y él fue el único que resultó herido. Nada serio: un golpe en el cuello que le provocó una luxación cervical, que a su vez causó una compresión medular, que a su vez le dejó una protuberancia que lo haría llevar la cabeza inclinada hacia adelante por el resto de su vida. Dicen que fue desde entonces, desde que se recuperó del golpe, que la clarividencia se hizo evidente en Enrique, y que empezó a manejar sus poderes a voluntad.

El primero en enterarse de las nuevas fue su abuelo paterno, quien desde el vamos no le creyó. La demostración del joven fue contundente: enumeró con lujo de detalles y sin olvidarse de nada el contenido de un

viejo baúl que el anciano había traído de Italia y del que sólo él tenía llave.

Un segundo desafío a su nieto terminó de eliminar las du-

das del abuelo: pidió a Enrique que le dijera qué enfermedad tenía su hermana menor. Los médicos no podían identificarla. Cuentan que Marchesini se acercó a la pequeña, tocó el vestido que llevaba puesto y dictaminó: *"Es apendicitis, pero no lo detectan porque el apéndice está mal ubicado"*. Como después pasaría con mucha frecuencia, el diagnóstico era correcto.

Cuentan que se acercó a la pequeña, tocó el vestido que llevaba puesto y dictaminó: "Es apendicitis, pero no lo detectan porque el apéndice está mal ubicado".

Enrique Marchesini nunca se casó ni dejó descendencia. Desde aquel momento en que sus poderes se revelaron con toda intensidad tras el accidente, su fama corrió por las calles de Córdoba y la casa familiar se transformó en un virtual consultorio al que acudían familiares de enfermos y desahuciados de todo tipo, personas que buscaban parientes desaparecidos y aventureros que perseguían tesoros. También concurrió un grupo de funcionarios del banco provincial, para que el afamado vidente los ayudara a encontrar las llaves de la bóveda que el tesorero había extraviado. Hasta es posible que alguna vez haya acudido a él la policía.

A veces, con sus amigos, hacía la prueba de "leer" cartas cerradas. Y en eso era infalible. También tenía acierto garantizado en el arte de conocer la historia de los objetos con solo tocarlos. Una de las anécdotas que se recuerdan sobre él fue la sorpresa que le provocó a un médico que descreía de sus capacidades y se lo había dicho. Enrique le pidió al doctor su reloj de bolsillo y, mientras lo palpaba, le fue contando dónde había sido hecho, quién había sido su dueño anterior y quién y cuándo se lo había dado. El médico acabó por admitir que todo lo dicho era absolutamente cierto.

Los métodos que usaba Marchesini eran sencillos y despojados de liturgias. Para no influenciarse y para no tener que dar malas noticias directamente a los enfermos, nunca los atendía directamente, sino que recibía a sus familiares, que llegaban a la consulta con una prenda del afectado. Entonces, como había hecho por primera vez con su hermana menor, Enrique tocaba la ropa hasta que "percibía" datos, y luego hacía su diagnóstico y pronóstico de la dolencia.

Nunca recetaba, ni indicaba tratamientos ni derivaba a algún médico. Años más tarde, esa actitud le valdría un reconocimiento de hecho y lo pondría a salvo de cualquier sospecha de ejercicio ilegal de la medicina.

LICENCIA PARA DIAGNOSTICAR

En una de las paredes del cuarto donde atendía, colgaba un diploma que sorprendía a los visitantes que llegaban por primera vez. El certificado estaba expedido por el Consejo Provincial de Higiene, y en él se autorizaba a Enrique Marchesini a realizar diagnósticos.

Lo había conseguido con buenas artes, defendiéndose de una acusación. Las cosas ocurrieron así. Un día, al tiempo de que había empezado a trabajar y su nombre empezaba a correr de boca en boca, había llegado hasta su casa el presidente del Consejo y dos funcionarios, con una denuncia que los habilitaba a clausurar el lugar.

Marchesini se defendió explicando que no sugería medicación ni tratamientos, que sólo tenía dotes para diagnosticar a distancia, y se ofreció a probarlo. Dirigiéndose a uno de los hombres, le dijo: *"Usted lleva una carta en el bolsillo interior del saco, que ha recibido esta*



Tripledouble

www.alipsi.com.ar

www.paranormal.com.ar

www.mitosdelmilenio.com.ar

mañana y aún no ha sido abierta. Yo puedo transcribirla para que usted vea mis poderes". El presidente del Consejo tomó el guante y replicó: "Si usted escribe el texto, abrimos la carta y concuerda, yo le extiendo un certificado para que nadie más lo moleste". Dicho y hecho: la carta coincidía con el manuscrito de Enrique hasta en los menores detalles, y el vidente obtuvo su licencia para poder diagnosticar. Fue un caso único.

FINAL SIN PRONÓSTICO

Enrique Marchesini trabajó durante más de cuarenta años en lo que sabía hacer. Daba turnos con semanas de anticipación, no cobraba la consulta y vivía de los regalos que le hacían. Nunca se mudó de casa y se resistió a crear un culto a su alrededor. Otros psíquicos, como Irma Maggi, quisieron conocerlo y se asombraron ante sus dotes. Algunos estudiosos, como José María Feola y Álvarez López, se interesaron por él. Pero sus poderes nunca fueron estudiados científicamente. Los últimos años de su vida, como era de esperarse, son confusos. Redujo paulatinamente la atención de consultas y creó un grupo

Testigos

Ofilia vive en Bell Ville y 40 años después puede relatar con detalles otra de estas historias. Ella es testigo interesada de los aciertos de Marchesini: la mujer había sido operada pero seguía mal. Su marido, Jorge, llevó una prenda al gurú del diagnóstico. Ni bien hizo contacto, Enrique aseguró que Ofilia había sido mal operada, le habían quitado un ovario sin ser necesario y la dolencia continuaba. Efectivamente, después la mujer pudo constatar mediante consultas con otros médicos en Buenos Aires. Pudo curarse y tener a su hija Verónica. Pero lo más curioso según Ofilia, fue el diagnóstico que hizo Marchesini ante la consulta por su hermano, José María. En aquella oportunidad, también acudió Jorge con un elemento personal del enfermo, pero esta vez sin tener pistas de lo que podría estar afectando a José, que vivía en Buenos Aires. Sin embargo el adivinador no necesitaba mucho más: apenas tocó la prenda vaticinó que se trataba de una úlcera que, si bien ya se había curado, seguía complicando la salud de aquel hombre en recuperación. Jorge y Ofilia, que hoy rondan los ochenta años, todavía recuerdan a este personaje de pocas palabras y muy concreto, que habitaba el viejo barrio de General Paz.

con el que exploraba nuevos fenómenos. Lo integraban él y seis amigos y lo llamaban simplemente "El grupo de los Siete". Casi no hay testimonios de lo que ocurría en las reuniones. Se dice que Marchesini se recostaba en un sofá, entraba en trance y levitaba. Fue otro de los secretos que se llevó a la tumba.

Murió el 11 de diciembre de 1975 cuando todos esperaban que se recuperara de otro accidente automovilístico. El segundo choque de su vida ocurrió también camino a Alta Gracia, exactamente en el mismo lugar donde había ocurrido el primero, el que casi cincuenta años antes le había develado sus poderes. 🍊

 **BAR LANCASTER**

*Desayunos, almuerzos y meriendas
Tragos y tapas
Nuevo espacio, nuevos dueños*

*En el Cineclub Municipal [Bv. San Juan 49]
Abierto de lunes a lunes*

